UN SALÓN LARGO Y HÚMEDO: NOTAS SOBRE LA REPRESENTACIÓN LITERARIA FEMENINA EN DOS PRODUCCIONES DE HÉCTOR TORRES

Autor: Emiro Alfonzo Colina Medina

RESUMEN

El presente ensayo procura analizar la representación femenina en dos producciones narrativas del escritor venezolano Héctor Torres (Caracas, 1968), específicamente *El alimento de los mirmidone*s, primer relato de *El regalo de Pandora* (FB Libros, 2011) y la novela *La huella del bisonte (Norma, 2008)*. La mirada de esta pesquisa apunta que el cuerpo en su despliegue orgánico es dimensionado a través de auras, corrientes, rituales; las historias contemplan texturas y enigmas en una cotidianidad urbana, por ejemplo, ir en microbús y reconocer allí, en la colectividad, los signos de la diferencia, descubrir en el escrutinio vestigios, formas portadoras de sentido. Bajo esta perspectiva, el hombre transita la ciudad al igual que la mujer, lo femenino le ofrece experiencias desarticuladoras. Por tanto, el monstruo ceñido con morbo en el imaginario vive su derrocamiento, pues ahora Lilith revela el orden: muere el hombre rutinario y renace nostálgico, perplejo. Este marco temático permite vislumbrar matices dentro de la dialéctica entre lo masculino y lo femenino en textos literarios contemporáneos.

Palabras clave: Héctor Torres, cuerpo, despliegue orgánico, representación femenina, cotidianidad urbana

ABSTRACT

This essay analyzes the representation of women in two narrative works by Venezuelan writer Héctor Torres (Caracas, 1968), specifically "El alimento de los mirmidones" (The Food of the Myrmidons), the first story in *El regalo de Pandora* (Pandora's Gift) (FB Libros, 2011), and the novel *La huella del bisonte* (The Bison's Footprint) (Norma, 2008). This research suggests that the body, in its organic unfolding, is given dimension through auras, currents, and rituals. The stories contemplate textures and enigmas within urban everyday life, for example, riding a minibus and recognizing, within the collective, the signs of difference, discovering vestiges, forms that carry meaning. From this perspective, men move through the city just as women do, and the feminine offers them disruptive experiences. Therefore, the monster morbidly enshrined in the collective imagination experiences its downfall, for now Lilith reveals the order: the routine man dies and is reborn nostalgic and perplexed. This thematic framework allows us to glimpse nuances within the dialectic between the masculine and the feminine in contemporary literary texts.

Keywords: Héctor Torres, body, organic unfolding, female representation, urban everyday life

IN *Bello cuerpo de mujer*
que no fue dócil ni amable ni sabio

Oficio puro: Víctor Valera Mora

Seguir el impulso curioso posibilita la inmersión. El cuerpo sortea el caldo cotidiano, parece hablar desde esa fuga obligada y asimilada. Es presa de mordeduras, del vértigo peatonal y su corriente contaminante; deviene territorio del pulso, órgano precario, se abre a lo heterogéneo y permanece alerta ante los asaltos o circula silencioso como un satélite nocturno. En ficciones urbanas contemporáneas, por ejemplo, los personajes femeninos suelen transmitir el signo existencial de su entorno, agudizan el epicentro cuando introducen algún enigma o el dolor de sus cuerpos.

El imaginario de la perversidad retrató al hombre cautivado por un cuerpo-otro y que confiando en su logos se expuso al acertijo de la carne. Hay un propósito en la vuelta a lo orgánico como densa zona de la existencia: "(…) Lilith de su papel de tentadora pasa al de iniciadora en la aventura audaz de adquirir clara conciencia de la propia profundidad interior y de la vida como un todo unitario" (Montenegro, 2013). Este movimiento o mirada hacia el origen muestra, al fin, una ruta de sentido distinta a las construcciones peyorativas y viciadas sobre lo femenino. Un aserto de Víctor Bravo inquieta: "El monstruo de repente está allí como la más enigmática de las presencias, como una irrupción inesperada, o temida, en un horizonte de reconocimientos" (Bravo, 2007). ¿Qué será del monstruo? ¿Qué queda de la espantosa, exacerbada figura? Pues voces hablando desde el imaginario: "(...) el bello mal, el enemigo íntimo, la desgracia irresistible... Una doble significación que lejos de resultar inocua, fue siempre determinante en el lugar histórico que la mujer ocupó y ocupa en nuestras sociedades" (Bravo, 2007). Personajes que frente a un estatuto literario urgen el examen de su supuesto destino.

En *El alimento de los mirmidones*, primer relato de *El regalo de Pandora*[1] (FB Libros, 2011), del escritor venezolano Héctor Torres, se relata la experiencia de Ulises, un profesor de literatura en su tránsito por lo urbano:

(...) Me disponía a colocarme en mi resignado último lugar de la caótica fila, cuando vi a una chica caminar apresuradamente hacia la puerta

trasera que estaba absolutamente despejada. La seguí en silencio para evitar que los demás candidatos a pasajeros se percataran de nuestro hallazgo, y logré, junto a ella y a una señora que se quejaba de las escaleras, demasiado altas para su rodilla recién operada, subir al bus con relativa facilidad (ERP, 2011).

La observación del personaje es una operatoria crucial, así como la participación del cuerpo, los sentidos y el lenguaje son, a fin de cuentas, componentes de la travesía:

Ella miraba con el cuerpo, pero no decía nada; no al menos con palabras. Desde entonces no sabría explicar qué extraño sortilegio se operó. Descubrí en esa chica descuidada unos pechos desbordando un sostén de talla pequeña que le daba un perverso aire infantil. Y bruscamente, a pesar de verse gordita tras unos jeans holgados, todo lo que la hacía diferente de mí comenzó a gritar a través de sus texturas, sus fragancias, desde el resguardado centro de su ropa íntima (ERP, 2011).

El cuerpo induce la narración, la diferencia. Narrar, en consecuencia, es dimensionar, descubrir la seña como acto íntimo y coyuntural. Mirar, hurgar, seguir el rastro son operaciones que plantean un modo de ver, ser y transitar la ciudad, siendo esta un espacio en donde palpitan subjetividades:

Lo primero que apareció ante mi vista fue un piso de cemento rojo. Llamó mi atención el contraste de ese piso limpio con las polvorientas calles que nos habían llevado hasta allí. La casa, en su interior, se limitaba a una sala poco iluminada, dividida por una media pared donde, al otro lado, estaba la cocina y un par de puertas que, supuse, serían una habitación y un baño. Olía a limpio. Una ventana abierta en un rincón de la sala, elevada y pequeña como toda la casa, nos fue indicando, a lo largo de la tarde, el transcurrir de las horas (ERP, 2011).

La mirada indaga, filma: “Quise rastrear en los objetos evidencias de un hombre, de niños, de una señora mayor, del árbol al que esa flor silvestre pertenecía, pero la neutralidad de la decoración no me ofreció detalles” (ERP, 2011). La profesora catedrática de la Universidad de Costa Rica, Nazira Álvarez, registra la impresión del hombre ante ciertos parajes:

Gruta, templo, santuario o jardín secreto, el hombre, como el niño, es fascinado por los lugares umbríos y

cerrados que no han sido animados por ninguna conciencia y que espera se les presente un alma: le parece que en verdad él ha creado aquello que es el único en captar y penetrar (Álvarez, 2002).

No solo la mirada determina la espiral, se involucra también el cuerpo en los umbrales de la curiosidad. Las sensaciones, el habla y otros registros potencian la erótica, el desenlace: "(...) Cuando le quité la blusa –confiesa el personaje masculino– me sorprendió una incipiente curvatura en su abdomen que no correspondía con la general delgadez de su cuerpo" (ERP, 2011). Y entonces llega el nocaut: "En mis veintiocho años de perro soltero, como suelen decirme mis amigos casados, nunca había visto una mujer preñada desnuda. No en persona, quiero decir" (ERP, 2011). Hay una mítica complexión. El cuerpo, físicamente uno, es trino en esencia: "las mujeres juegan con sus tres edades. Deméter te da la vida o te da la muerte. Kore te acepta o te rechaza. Hécate te ilumina y te oscurece" (Rísquez, 2007). Fluye, milenariamente, el movimiento y abre una puerta que trae consigo el ritmo originario de la vida:

Se movía con una sensualidad carente de publicidad. Como si hubiese estado moviéndose desde que tenía uso de memoria. Se movía con un vaivén hipnotizante, como nunca vi moverse a nadie. Se movía con quejidos bajitos, deliciosos, mántricos; se movía y no parecía haber fuerza capaz de detenerla. Se movía con convicción, con naturalidad, como poseída por un milenario ritual aborigen que explicaba la forma de su rostro, la inquietud de sus ojos, la suavidad de su cabello, el afable silencio de su sexo, irrevocable e inconsciente como el andar de las hormigas (ERP, 2011).

Ese trance guarda un código: "A la vida la mueven sus secretos engranajes. Es decir, juega con uno y lo deja en el estante que corresponde" (ERP, 2011). Y parece que esta sentencia configura un sentido que viene urdiéndose, pues un evento de similar magnitud ocurre en otra producción de Héctor Torres, en la novela *La huella del bisonte* (Norma, 2008). La narración registra el cambio corporal y la cognición de los personajes. La descripción se torna orgánica y transmite la erótica del cambio. Existe una afirmación hecha por Simone de Beauvoir en *El segundo sexo* que podría tomarse como línea de lectura para abordar un asunto

existencial: “El hombre se defiende de la mujer en la medida en que ella es fuente confusa del mundo y confuso devenir orgánico” (Beauvoir, 1981). En *LHB*, Karla, uno de los personajes, siente la espiral aguijoneando su cuerpo, juega al poder, embiste, disfruta su habilidad y descubre un ritual:

(...) la niña se inclinó sobre los pedales para aumentar la velocidad. Luego de un par de enérgicas pedaleadas, se dejó caer con suavidad, inclinando su cuerpo hasta tropezar la punta del asiento. Aprovechando el impulso y la larga recta, atravesó la calle balanceando la pelvis hacia delante y hacia atrás con expresión ausente, sintiendo la vibración producida por las irregularidades del asfalto, que se expandía a todo el cuerpo cada vez que se inclinaba sobre el manubrio (LHB, 2008).

En las escenas se conjugan imágenes sensoriales y terrestres, se complementan. La narrativa persuade, sumerge al lector en el mecanismo de la bicicleta. El personaje diversifica el sentido práctico del artefacto y la corriente de un cambio abre umbrales: “Una puerta que daba a un salón largo y húmedo, sin fondo aparente” (LHB, 2008). El narrador sigue las oscilaciones: “Comenzó a pedalear con fuerza, dando vueltas a la manzana. Lejos de disminuir, las sensaciones aumentaban con cada vuelta, como la temperatura dentro de su ropa interior” (LHB, 2008). La sucesión de eventos e intensidades genera una abertura y atravesarla es un acto crucial, plantea la curiosidad, el no retorno. Karla observa su otredad:

Las medias, la franela, el sostén, parecían casas arrasadas por un huracán. Del otro lado del mundo la mamá insistía en decir cosas que ella no lograba descifrar. Se paró frente al espejo y se sobresaltó. Cada día lo mismo. La chica desnuda frente a sí le parecía tan distinta a la que era apenas uno, dos años atrás. No dejaba de asombrarle con qué prisa le crecían los pechos, con sus manchas oscuras que se derramaban espesamente, como *sirop* de chocolate (LHB, 2008).

Sería oportuno traer la opinión de Krina Ber (2011) sobre los personajes de Torres, pues distingue el signo de su existencia: “En la literatura de Héctor Torres hay una gran atención a lo femenino pero las mujeres de sus relatos son en primer lugar seres

humanos, presentadas con todas sus sutilezas y con todo su misterio". En ese marco, *LHB* tensiona el cambio, dibuja eróticamente la simbiosis, la corporeidad y sus texturas y con ello se implica el tiempo del ritual:

Se paró al lado de la cama (...) e inició los ritos que sus nuevas formas le sugerían. Ondular el cuerpo, mover las caderas, ensayar poses y miradas de vampiresa, bailando frente al espejo, sin quitarle la vista a los trémulos pechitos. Una música venida de adentro le hacía girar la pelvis, con una cadencia rítmica y natural, como la de la cadena de su bicicleta (LHB, 2011).

Tanto el sistema mecánico como el orgánico se funden. El trance llega a ser gestionable:

El instinto no requiere adiestramiento. Aunque le avergonzaba admitirlo, conocía el método para calmar esa inquietud cuando resultaba intolerable. Se metía al baño del cuarto, abría el grifo de la regadera y entraba en ella. El agua resbalaba por su cuerpo. Una mano abrazaba su garganta. Cerraba los ojos. Conocía el santo y seña y lo había convertido en ceremonia cotidiana. Deslizaba su índice desde la garganta hacia abajo, atravesando el pecho, el vientre, los más viejos recuerdos, la calle solitaria, los sueños impronunciables, el desasosiego, la lanita mojada... Cuando tropezaba con el sitio, daba un respingo (LHB, 2008).

Ya localizado el punto: "Entonces comenzaba a frotar" (LHB). Karla tiene conciencia de aquello que sucede cuando usa la bicicleta, entonces conoce y estimula las corrientes internas y las libera apelando a la sabiduría del tacto: "Es como un calambre rico que empieza aquí y se riega hasta acá, se confesaba así misma, tratando de explicarse lo que le producía el contacto de su dedo con el botoncito" (LHB, 2008). Detalla su cuerpo en la intimidad, parece una Kore o Bugambilias practicando poses, o como detalla la especialista en historia del arte Tania García Lescaille: "(…) nuditas criminalis o vanidosa exhibición (…) las flores con espinas sugieren el sutil engaño femenino detrás de la atractiva belleza. El binomio flor-mujer esconde lo inesperado: espina-dolor" (García, 2008). En su narrativa el escritor caraqueño explora sensaciones, metáforas que potencian texturas como sustancias de lo cotidiano. Quien lee parece también tocar la carne, pero el cuerpo escapa y la presencia masculina se debate entre

lo súbito y doloroso, entre el placer y la amargura:

Por un instante Mario llegó a presentir que esa felicidad iba a ser eterna. Y de inmediato sintió temor de ese pensamiento. La silvestre franqueza con que la mujer gemía y se movía, buscando que el placer la atiborrara por dentro, marcaron un punto de no retorno con respecto a todo lo que Mario había conocido en la cama.

Un punto de no retorno, que redefiniría sus apetitos. El advertido veneno, el que envicia y hace despreciar al mundo (LHB, 2008).

En suma, el cuerpo en sus trances puede invocar caminos densos. Además, guarda el sentido del tiempo y su pérdida. El yo masculino desciende de su cúspide heroica, egocéntrica desarticulado, marcado por la huella del bisonte.

Referencias

Álvarez, N. (2002). “La sibila y el estereotipo de la monstruosa”. Revista Comunicación: 2. Universidad de Costa Rica. Recuperado en: https://www.yumpu.com/es/document/view/14477027/la-sibila-y-el-estereotipo-de-la-monstruosa-tecnologico-de-costa-rica. Fecha: 15-07-2025

Bravo, V. (2007). El señor de los tristes y otros ensayos. Monte Ávila Editores Latinoamericana. Caracas, Venezuela

Ber, K. (26 de marzo de 2011). “Palabras de presentación de El regalo de Pandora en librería Kalathos”. Recuperado en: http://www.letralia.com/250/articulo02.htm. Fecha: 21-03-2022

De Beauvoir, S. (1981). El segundo sexo. Vol. 1. Los hechos y los mitos. Siglo XXI Editores

García, T. (2008). “La belleza frente al pecado: dos ópticas de representación del cuerpo femenino (1870 – 1918)”. En Julia Tuñón (ed.), Enjaular los cuerpos: normativas decimonónicas y feminidad en México (pp. 421-429). El Colegio de México. México

Montenegro, S. (2013). “Lilith: la sombra de la feminidad”. Tesis de pregrado. Pontificia Universidad Católica del Ecuador. Recuperado en: http://repositorio.puce.edu.ec/handle/22000/6162?show=full. Fecha: 17-05-2025

Rísquez, F. (2007). Aproximación a la feminidad. Monte Ávila Editores Latinoamericana. Caracas, Venezuela.

Torres, H. (2008). La huella del bisonte. Editorial Norma. Caracas, Venezuela.

Torres, H. (2011). El regalo de Pandora. FB Libros. Caracas, Venezuela.